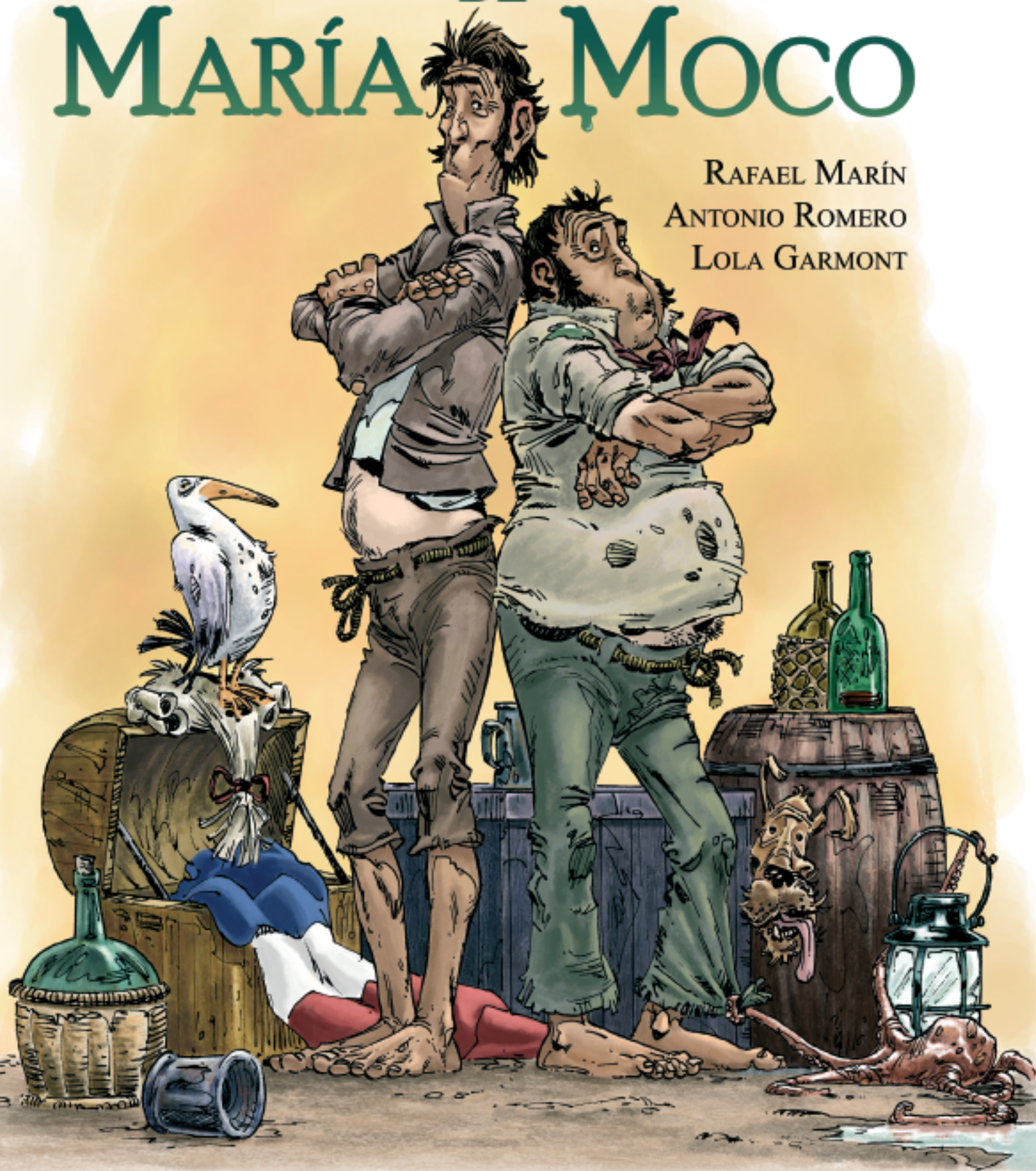


12 del Doce
6

LAS CUEVAS DE MARÍA MOCO

RAFAEL MARÍN
ANTONIO ROMERO
LOLA GARMONT



12^{del Doce}
6



LAS
CUEVAS
DE
MARÍA MOCO

Guión
RAFAEL MARÍN

Dibujos
ANTONIO ROMERO

Color
LOLA GARMONT



CÁDIZ, 2010

© Diputación de Cádiz
© Rafael Marín
© Antonio Romero
© Lola Garmont
© Pere Olivé
© José Joaquín Rodríguez Moreno
Dirección artística y diseño: **Fritz**

Editan: **Diputación de Cádiz**
Servicio de Publicaciones
Calle San José, 7 dpdo.
11004 Cádiz
Tel.: 956 808 311 - Fax 956 228 249
e-mail: cultura.archivoypublicaciones@dipucadiz.es



Imprime: Línea Offset S.L. - Chiclana
ISBN: 978-84-92717-16-3
Depósito legal: CA-613/2010
Primera edición: Diciembre de 2010

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

Desde nuestra perspectiva de hoy, el Cádiz del 12 es un Cádiz romántico, romantizado, un mundo de bellos ideales y de un pueblo completamente convencido de su papel protagonista en el mundo y en la historia. La redacción de nuestra primera Constitución liberal nos llena de orgullo por lo que hicieron nuestros antepasados, hasta el punto de que resulta casi imposible imaginar esa ciudad sitiada y resistente sin la pátina elegante y exquisita que hemos ido colocando, capa tras capa, durante doscientos años.

Uno de los propósitos de esta colección, 12 del Doce, es contar todos aquellos años a pie de tierra, desde los protagonistas de la calle, desde el pueblo llano que vio cómo de pronto cambiaba su mundo: la panadera, la maja, el niño sin padre, el bandolero aislado. Gente normal y corriente que queremos creer tuvo también su importancia en el devenir de la historia.

Y así llegamos a esta historieta de Chano y Sebastián, dos chirlichis, dos pícaros del momento, contrabandistas de todo y nada, hijos de Plauto y padres de Carpanta. Uno flaco y otro gordo, como mandan los cánones, gaditanos de barca y siesta, habitantes nocturnos de las siempre romantizadas Cuevas de María Moco, que dicen que recorren toda la ciudad entre tesoros incalculables y espectros de reyes moros que juegan a las cartas.

Chano y Sebastián, como preludios del Yuyu y el Niño de Malet, a la cuarta pregunta, nos llevan a un Cádiz distinto, un Cádiz de hambre y milicias, de tráfico de víveres y necesidades afrontadas con una sonrisa. Inventados, sí, pero reales en tanto son como somos tantos de nosotros, entre la ironía y la tragedia. Nos servimos de estos dos cuñados de nombre repetido y físico inconfundible para jugar con la historia y recordar los continuos brotes de fiebre amarilla, la fuga de los presos franceses del pontón de Puntales, y la visita de José I, “Pepe Botella”, al Puerto de Santa María, donde estaba el alto mando de las tropas francesas y donde, se sabe, asistió a una corrida de toros.

Chano y Sebastián, un cuarteto de dos supervivientes en segundo plano de la historia de nuestro tiempo, arquetipos de la picaresca y de la luz de Cádiz.

Rafael Marín



ESTA IMAGEN DE TI

Pere Olivé

Grafista, dibujante y técnico editorial

"Hablabas desde dentro del amor, / armada de su luz / en una tarde gris de cualquier día".

José Ángel Valente

Me vino a la mente esta expresión del poeta, leyendo las imágenes de **Mateo Guerrero** interpretando el guión de **Rafael Marín** en *Trafalgar*, primer episodio de *12 del Doce*. Sólo desde dentro del amor, puede una persona ser brava para la generosidad o el sacrificio.

Cuando **Fritz** me propuso escribir el prólogo de este sexto episodio, sentí a la vez ilusión y un poco de miedo. Mis conocimientos de Historia son muy limitados, y aunque el tema me apasiona, corro el riesgo de mirar el acontecimiento, no desde dentro como el que tiene sus raíces puestas en la tierra o el que ancla su nave para indagar, sino desde el amigo que mira de lejos y en diagonal hacia un sur que le atrae y conoce a través de los colegas gaditanos que lo describen, haciendo que la cultura y el entendimiento derriben los tópicos.

Dichoso el primer ciudadano que usó la palabra *hístór* (el que sabe algo), lo sabe porque lo ha visto y por lo

tanto fue testigo ocular de lo sucedido, y tuvo sus contactos con el mayor número de personas posible para contar los hechos con precisión y templanza.

Los cronistas de la historia reciente difícilmente pueden ser moderados, ya que dados como somos a lo extremoso, con la suma de la tradición grecorromana, la judeocristiana, la arábica, los remanentes arcaicos heredados del mono desnudo y el conjunto de mitos superpuestos que hemos ido almacenando en el subconsciente colectivo, hay material abundante para entrar a fondo y revivir sucesos dormidos que pedían a voces ser carne de historieta.

El libro que nos ocupa es un suceso reciente. 200 años no son muchos y los autores han tenido fuentes fiables para explicar algo que nos afecta a todos.

"La Nación Soberana: Proclamas y Bandos de 1808" exposición que permaneció en la Real Casa de Correos de Madrid entre el 29 de octubre y el 26 de noviembre del 2008, o **"La Guerra del Francés al Baix Llobregat: 1808-1814"** muestra itinerante con textos, mapas, grabados y dibujos de la época con escenarios de combate entre los ejércitos napoleónico y español, y constantes acciones guerrilleras de resistencia civil, fueron una magnífica oportunidad para acercarse a nuestra Historia y entender el nacimiento del espíritu constitucional en España.

Supongo que éstas y otras exposiciones habrán recorrido otros pueblos, ciudades y comarcas del terri-



torio español, ya que son hechos que dejaron profunda huella.

Y puesto que el cómic es un medio que admite todos los géneros y hasta permite mezclarlos entre sí, el sexto episodio de **12 del Doce** se atreve con el sainete, pieza dramática jocosa y de carácter popular que tiene sus orígenes en los entremeses teatrales del Siglo de Oro. Así podemos comprobar que **Las cuevas de María Moco** están estructuradas en escenas gráficas por el guionista pensando en el dibujante, de modo similar al que **Cervantes** escribió **El retablo de las maravillas** o **La guarda cuidadosa** pensando en los actores, y por supuesto, en el respetable público.

Salvando las distancias, el teatro y el cómic se dan la mano, y aquí es **Rafael Marín** el creador de encuentros con personajes puestos al día por la mano maestra de **Antonio Romero**, dibujante minucioso y detallista, constructor de ambientes tan válidos para ser alma de viñetas, como podrían serlo para el story board de una película o el esquema de base para un director de escena. Sus primeros lápices tienen el rasgo del artista nato y ver todo el proceso de una página suya es puro deleite. Con el valor añadido de que **Lola Garmont** es la colorista que subraya tan logrado estilo con entidad propia, ya que es pintora con honda formación.

A menudo los comiqueros somos poco comprendidos, no por utilizar un lenguaje críptico o perdernos en eufemismos y metáforas, sino porque ese número de personas al que llamamos público son muy distintas entre sí aunque semejantes en apariencia, y a veces no conseguimos que nos entienda la mayoría. Cuesta Dios y ayuda llegar más allá de los Salones, eventos, librerías y superficies comerciales donde el medio es valorado, y sólo unos pocos consiguen el preciado don de la popularidad.

A mi entender, el equipo humano que hace posible **12 del Doce** sigue el camino adecuado. La diversidad de autores da un gran atractivo al producto y la claridad del lenguaje literario y visual excita nuestras mentes. Cada relato tiene planteamiento,

nudo, desenlace y algo que te deja el alma en vilo para esperar con interés el siguiente tomo.

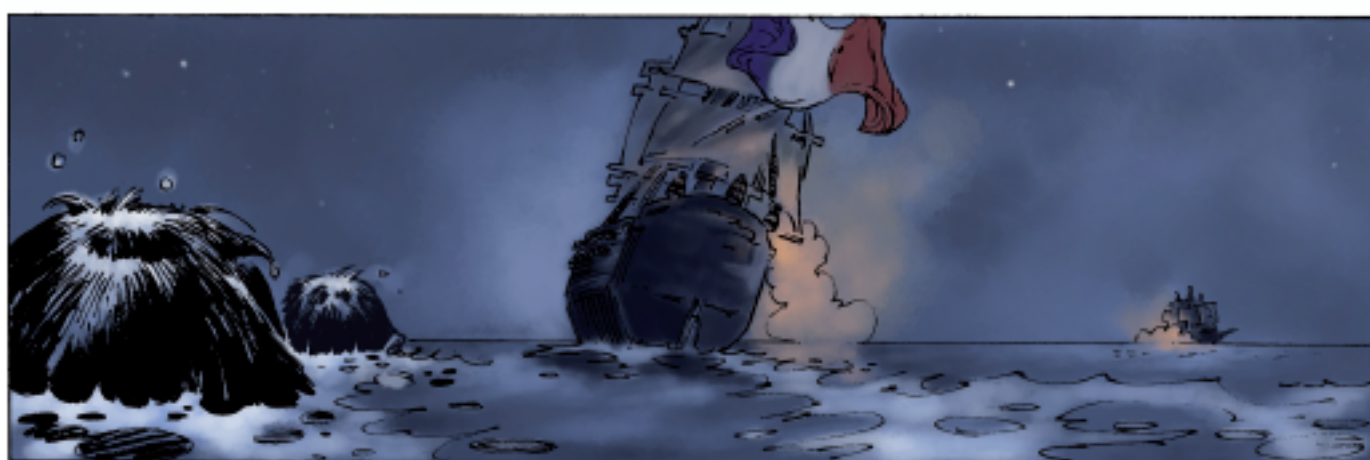
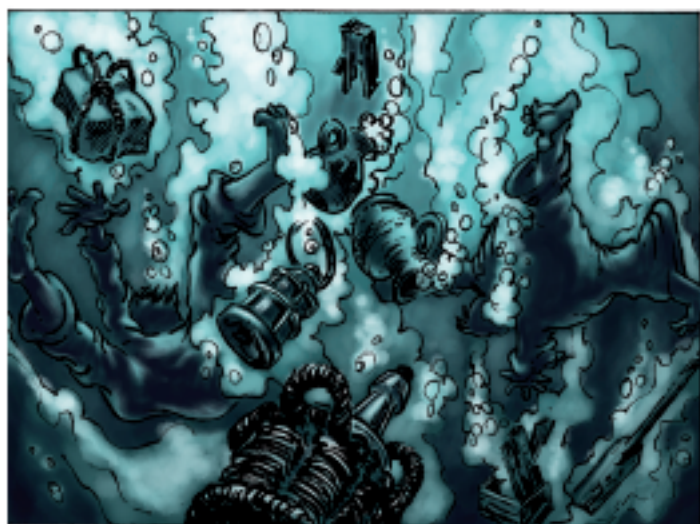
Estamos a punto de conmemorar el Bicentenario de *La Pepa*, la Constitución de 1812, razón de ser de esta colección y medio mundo tendrá los ojos puestos en **La Tacita de Plata**.

Cádiz y su historia, no son sólo una cuestión de interés local, sino de toda persona con ganas de aprender, o desaprender para encontrar nuevos caminos y apurar su capacidad de crítica y análisis, o perderse en la aventura que van a leer a continuación, de la que no les cuento absolutamente nada, para que pueda sorprenderles como a mi me sorprendió.

Debe ser que a partir de cierta edad, cuando se tiene la experiencia de **Rafael Marín**, **Antonio Romero** o **Lola Garmont**, todo cuanto puja en nuestro interior se vuelve trazo, pasión o palabra. El afán de saber no disminuye con la edad. El bicho extraño que llevamos dentro nos hace sufrir en nuestros años mozos hasta el delirio, pero a medida que lo vamos conociendo recorre nuestras venas y brota de la plumilla o el pincel, nos brinda serenidad a pesar de nuestros miedos, sentido del humor para entender que no tenemos remedio, y simpatía total por los compañeros de viaje que resistiendo el poderoso oleaje de océanos, mares, ríos, lagos y lagunas de la industria editorial, siguen ahí, actualizando su blog, escribiendo sus guiones, dibujando sus páginas, coloreando, rotulando, luchando, creando y recreando criaturas de papel, rebeldes y enamoradas, en busca de lector. ■













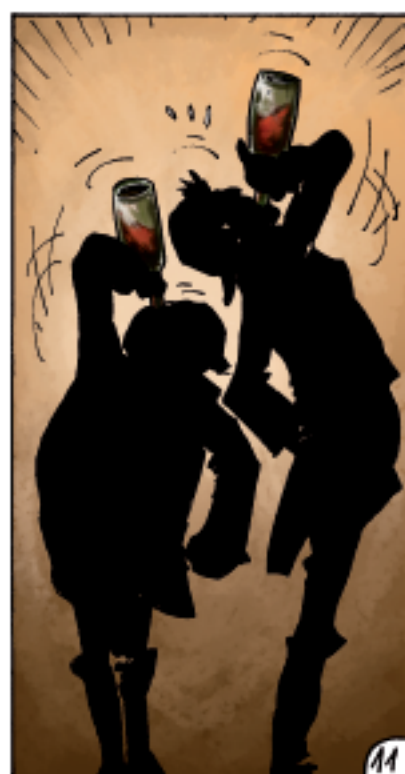










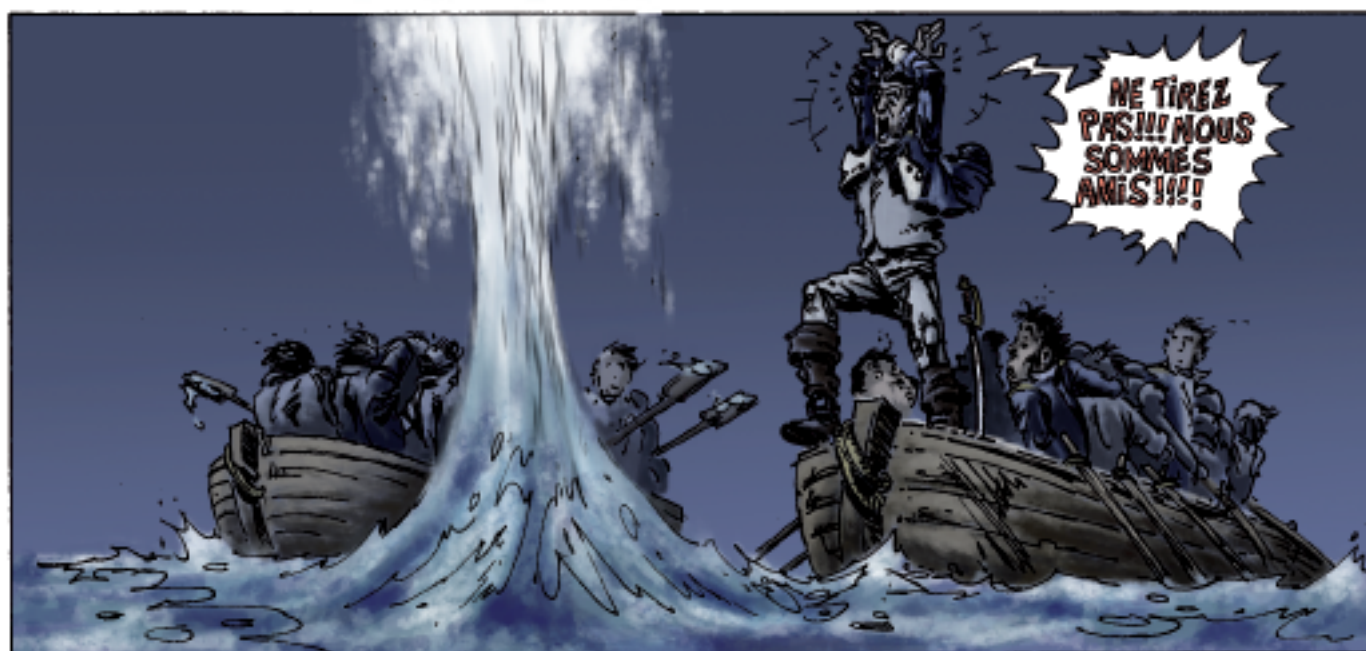






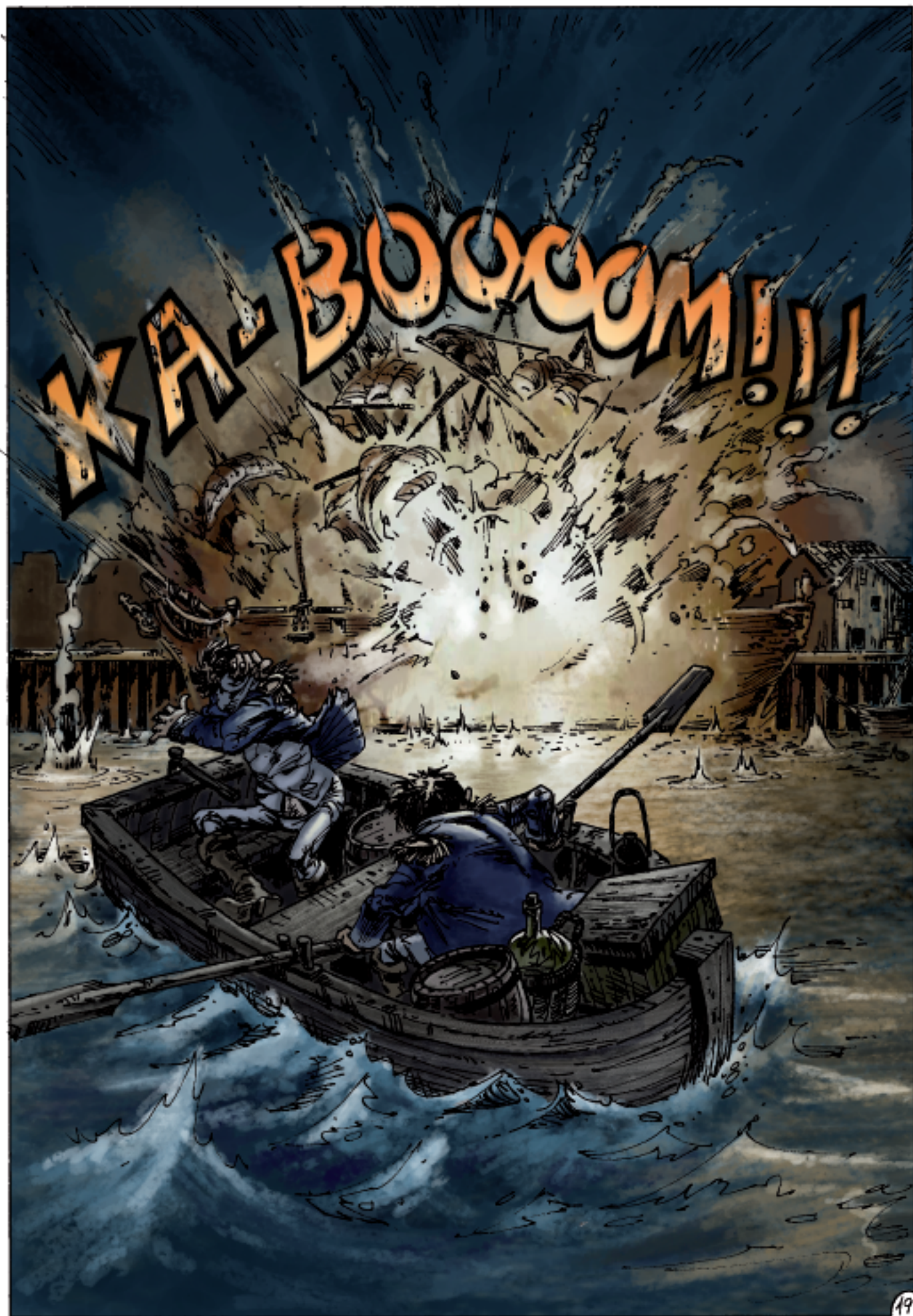














CÁDIZ CIUDAD DE MAR

José Joaquín Rodríguez
Asesor histórico

Cádiz y la Isla de León sufrieron una sobrepoblación alarmante durante la guerra. El miedo a una revuelta de los prisioneros franceses, los problemas para encontrarles un espacio seguro y lo costoso de su mantenimiento llevó a las autoridades españolas a colocarlos en barcos sin vela ni timón anclados en la bahía. La solución solventó algunos problemas, pero planteó otros muchos.



CÁDIZ, MIRANDO AL MAR

El visitante que pasee por Cádiz puede encontrar, en su deambular por las calles de la ciudad, dos mujeres de bronce en idéntica pose que miran hacia el mar. La primera se encuentra a la altura de la Punta de San Felipe, y la segunda, algo más pequeña, en el paseo marítimo.

La mujer no es otra que la diosa Gades, que representa a Cádiz y a todos sus habitantes, que durante siglos han mirado hacia el mar a la hora de conseguir alimento, fortuna y protección. Por lo tanto, no es casualidad que el primer título de esta colección mostrase a María, la protagonista, en idéntica pose a la de la diosa: oteando en el océano la vuelta de un hijo que jamás habría de volver. Y es que da igual quién gobernase la ciudad, fenicios o romanos, emires o califas, reyezuelos de taifas, monarcas cristianos o juntas de gobierno, Cádiz fue siempre punto de unión entre distintos continen-

tes, países y pueblos.

A principios del siglo XIX, buena parte de la riqueza de Cádiz dependía del mar. Los comerciantes de toda Europa encontraban en la ciudad un puerto estratégico, del que partían y se recibían embarcaciones de las colonias americanas y asiáticas, pero también de otras partes de Europa. Sus muelles daban faena a una nutrida clase urbana, ya fuese trabajando en las reparaciones de las embarcaciones, en las cargas y descargas, o en los mil oficios relacionados con el comercio que generaban los navíos. Incluso las clases más humildes vivían de cara al mar, ya fuera viviendo de la pesca, arreglando redes y velas e incluso pasando mercancía de contrabando.

La propia fisonomía de la ciudad muestra la importancia del mar. El barrio de San Carlos había sido construido para albergar a los comerciantes extranjeros, cuyo número era considerable; las torres mirador que encontramos en tantas casas del casco antiguo per-



Las cuevas de María Moco conservan, aún hoy, un aire de leyenda y misterio. Muchas de esas historias fueron creadas por contrabandistas que, al igual que los protagonistas de esta historieta, empleaban los accesos a la cueva para esconder sus mercancías de los agentes del gobierno.

mitían comunicarse, por medio de señales y banderas, con los navíos que atracaban; el barrio de Puntales, a la sombra del fuerte de San Lorenzo del Puntal, subsistiría hasta hace escasos años gracias a la pesca y los oficios marineros. Incluso los accesos mostraban la importancia del mar, resultando muchos más cómodo acceder a través de un barco por las diversas puertas del mar que a pie o en carro por el tortuoso y estrecho camino de la puerta de tierra.

LA BAHÍA, UNA MURALLA INFRANQUEABLE

Cádiz y la Isla de León resultaron un auténtico quebradero de cabeza para el mando francés, no sólo porque las defensas construidas por los españoles fuesen firmes, sino por las ventajas que la naturaleza brindaba a los defensores.

Quien se pregunte porqué Cádiz no vivió la misma suerte de Zaragoza, cuya resistencia numantina no pudo evitar la victoria francesa, o Valencia, cuyas defensas también acabaron cediendo tras un duro sitio, debe mirar hacia el mar. La bahía de Cádiz era una muralla de olas y sal que, defendida con navíos

de guerra y patrullas de lanchas cañoneras, a las que apoyaban desde tierra numerosas baterías de artillería. El único acceso a las islas gaditanas era a través del puente Suazo, un paso angosto y bien guardado, que el mariscal francés Víctor fue incapaz de tomar a pesar de la preparación y la superioridad de sus tropas.

Sin embargo, no sería correcto decir que Cádiz se encontraba encerrada en una isla, sino más bien que los franceses que la asediaban estaban aislados en el continente. Y es que las fuerzas galas no pudieron impedir que Cádiz se proveyese por mar, que llegasen nuevos diputados cuyos dificultosos viajes eran explicados con todo lujo de detalle en la numerosa prensa de la ciudad, ni que arribaran productos y refuerzos militares ingleses. Sin embargo, debido a las casas destruidas por los bombardeos, la necesidad de alojar a los militares y diputados que llegaban y el gran número de prisioneros franceses que había en la ciudad, lo que empezó a escasear fue el espacio, que se convirtió en todo un lujo que sólo los más importantes personajes podían permitirse. El mar, una vez más, iba a proveer una solución.

José Napoleón Bonaparte (1768-1844)

vivió numerosas sorpresas a lo largo de su vida. Sus padres quisieron que fuera sacerdote, pero él prefirió la carrera de las armas, que acabó dejando para prepararse como abogado tras la muerte de su padre. Durante los años de la Revolución Francesa fue político y embajador, y ya bajo el gobierno de su hermano Napoleón llegaría a ser rey de Nápoles (1806-1808) y España (1808-1813). A pesar de su preparación y su capacidad, las derrotas francesas sellaron su destino como exiliado, primero en EE.UU. y posteriormente en Florencia.



LOS PRISIONEROS FRANCESES Y LA SOLUCIÓN DE LOS PONTONES

Cuando en mayo de 1808 el general Morla derrotó a la armada del almirante Rosily, se encontró de la noche a la mañana con un considerable número de prisioneros al que no sabía dónde alojar. Y eso sin sumar los ciudadanos franceses, embajadores, delegados y comerciantes en su mayoría, a los que no se podía dar libertad de movimientos por miedo a que actuasen como espías, expandiesen rumores y sembrasen el desánimo.

La cantidad de prisioneros franceses aumentó ostensiblemente cuando a la ciudad llegaron los miles de prisioneros que el general Castaños había hecho en Bailén, donde se capturó a todo el ejército francés dirigido por Dupont. La elección de Cádiz era por su lejanía de la frontera francesa, lo que impedía que un repentino avance francés liberase, reequipara y utilizase de nuevo a los prisioneros.

Aunque aún hoy se desconoce el número exacto de prisioneros que llegó a haber en la ciudad, no cabe duda alguna de que debió ser muy elevado, y algunos historiadores calculan que pudo haber unos diez mil o incluso más franceses retenidos en suelo gaditano. En cualquier caso, es evidente que su número no era pequeño: el hospital para franceses que se habilitó en la Segunda Aguada contaba con cerca de setecientas cincuenta camas, y como rápidamente se quedaron cortas, en la Isla de León se tuvieron que disponer una serie de barracones que hicieran las veces de hospital, contando con casi de mil quinientas camas.

Puesto que los civiles no habían cometido ningún crimen concreto, las autoridades se plantearon la posibilidad de reenviarlos a Francia, o en cualquier caso a un puerto neutral desde el que les fuese fácil volver a su patria. Con tal idea los embarcaron en el *Rufina*, uno de los barcos fondeados en la bahía, pero la partida se fue posponiendo y posponiendo, si bien no había peligro de que se escaparan del



Las corridas de toros eran, a principios del siglo XIX, el espectáculo más popular de toda España. Sin embargo, los Borbones consideraban el torero como una actividad bárbara y cruel, y lo limitaron cuanto pudieron. José Napoleón Bonaparte, para congraciarse con el pueblo español, incentivó el espectáculo taurino y él mismo asistió, en el Puerto de Santa María, a una corrida de toros.

barco, y además ya no ocupaban el valioso espacio de la ciudad. Pronto, algunos oficiales comprendieron que aquella podía ser la solución para acabar con las estrecheces causadas por la sobrepoblación de presos: se enviaría a la mayor parte de los prisioneros a embarcaciones ancladas, en muchas ocasiones sin velas ni timón, los pontones. Desde luego, embarcaciones no iban a faltar, puesto que se habían capturado los restos de la escuadra francesa.

Durante sus primeros meses de estancia forzosa, los franceses tuvieron pocos motivos de queja. Ciertamente es que la vida en los pontones conllevaba carencias, pero las autoridades españolas les permitieron llevar una vida relativamente cómoda, y aquellos que visitaban los hospitales descubrían con asombro que allí podían jugar a los naipes, pasear con cierta libertad e incluso realizar funciones teatrales. Los oficiales, acorde al código de la guerra, recibían un sueldo de las arcas del estado

español, y se les separaba en embarcaciones diferentes al resto de la tropa. Tal era la libertad de movimientos que llegaban a tener, que algunos huían de los hospitales, si bien sólo para descubrir que si sus compatriotas no podían entrar ni en Cádiz ni en la Isla de León por culpa del mar, ellos tampoco podían salir. Al poco eran capturados de nuevo, la más de las veces descubiertos por su acento.

EL RECRUDECIMIENTO DEL CAUTIVERIO

Hasta comienzos de 1809, los presos franceses no habían sido más que una anécdota, unos vecinos no deseados con los que no quedaba más remedio que convivir. Pero las sucesivas derrotas de los ejércitos españoles hicieron que la situación cambiase radicalmente, y habían llevado a las fuerzas de Napoleón hasta la otra orilla de la bahía. Los prisioneros dejaron de ser pintorescos vecinos y comenzaron a ser vistos como una posible avanzadilla del enemigo. ¿Qué pasaría si tal cantidad de militares con experiencia se amotinaban y lograban tomar alguna fortaleza? ¿Y si huían y daban alguna información a sus compatriotas?

A la desconfianza se sumó la necesidad: las batallas causaban numerosos heridos, y las camas de los hospitales debían ser para los defensores, no para los compañeros de los asaltantes. Los ingleses pronto se apropiaron del hospital de Segunda Aguada, haciendo la situación de los prisioneros más crítica, en tanto que la insalubridad y el hacinamiento en las embarcaciones eran una invitación a cualquier epidemia. La experiencia debió de ser muy dura, no sólo por las necesidades físicas, sino por saber que los camaradas franceses se encontraban a unos pocos cientos de metros de distancia. Afortunadamente, pocos imaginaban que José I disfrutaba de una corrida de toros prácticamente a su lado, en el Puerto de Santa María. De haber sido conocimiento general, sin duda muchos habrían saltado al agua de la bahía en un vano intento de abandonar

aquella miseria.

Hacia marzo de 1810 la situación era tremendamente crítica. A mediados de mes, el Castilla la vieja logró escapar con cerca de setecientos prisioneros, alcanzando la costa dominada por los franceses contra todo pronóstico. Apenas diez días después, los presos del Argonauta intentaban emular a sus compañeros con menos éxito, y de unos seiscientos hombres, menos de la mitad lograron alcanzar con vida a la costa. El temporal se volvió una herramienta fundamental en dichas fugas, si bien la embarcación podía acabar hundándose a medio camino, como descubrieron quienes escaparon en el Argonauta. Al llegar a la costa, los camaradas franceses solían prender fuego a los restos de la embarcación, desquitiéndose así del duro cautiverio.

Tras recibir múltiples quejas, los ingleses accedieron a trasladar a los prisioneros a otros enclaves, unas veces a fortalezas, otras a islotes desérticos donde los prisioneros habrían de morir a docenas. Recibir un disparo directo parecía, en ocasiones, un final mucho más misericordioso que la lenta agonía de los prisioneros de guerra. ■

Muchos gaditanos se alistaron voluntarios al saber de la invasión francesa. Sin embargo, la mayoría de los vecinos de Cádiz ponían trabas a la hora de luchar fuera de los límites de la ciudad, y los más pudientes incluso pondrían reparos a la hora de tener que arriesgar la vida. Para no pocos, el oficio de las armas no fue sólo patriotismo, también resultó un medio de ganarse (más mal que bien) la vida. En la foto se muestra una recreación de voluntarios gaditanos.



por las cuevas de

MARIAMOCO

se cuelan contrabandistas cada poco

guión y dibujos: MEL

EN CADI,
MÁS QUE EN
NINGÚN
OTRO
SITIO.

„EL CONTRABANDO
ES UNA "ECONOMÍA
SUBTERRÁNEA."



PRÓXIMO NÚMERO

PINAR DE LOS FRANCESES

5 DE MARZO DE 1811

Un contingente de soldados españoles, portugueses y británicos se dispone a hacer frente al ejército francés en las inmediaciones de Chiclana, en el Cerro del Puerco. La batalla es el punto de encuentro del joven burgués gaditano Evaristo Martínez, hoy oficial, y su criado de la infancia, el oteador Chano Rodríguez.

El horror de la guerra los espera entre los pinares.

Guión
RAFAEL MARÍN

Dibujos
ÁNGEL OLIVERA

